

ESTELLE MASKAME

LOVE › NEED › MISS

love  
you

DESTINO

# 1

Si las películas y los libros me han enseñado algo, es que Los Ángeles es la mejor ciudad con la mejor gente y las mejores playas. Así que, como cualquier chica que alguna vez haya pisado la Tierra, yo soñaba con visitar el estado dorado. Quería correr por la arena de Venice Beach, poner las manos sobre las estrellas de mis celebridades favoritas en el Paseo de la Fama, poder contemplar la hermosa ciudad desde el famoso letrero de Hollywood.

Eso y todas las demás visitas obligadas para turistas.

Con un auricular puesto, dividiendo mi atención entre la música que canturrea en mi oído y la cinta transportadora que gira delante de mí, me esfuerzo mucho para ponerme delante, en un espacio que esté lo suficientemente vacío para poder arrastrar y sacar mi maleta. Mientras la gente a mi alrededor empuja y conversa en voz alta con sus parejas, chillándole que su equipaje acaba de pasar y la otra persona respondiéndole también a gritos que en realidad no era el suyo, pongo los ojos en blanco y me concentro en una maleta de color caqui que se aproxima. Puedo

discernir que es la mía por las letras que hay pintarrajeadas de cualquier manera en el lateral, así que agarro el asa y la saco lo más rápido posible de la cinta de un tirón.

—¡Por aquí! —grita una voz familiar hacia mi derecha.

La voz increíblemente grave de mi padre queda medio sofocada por la música, pero no importa lo alto que tenga el volumen, probablemente la oiría igual aunque estuviese a un kilómetro y medio de distancia. Es demasiado irritante como para ignorarla.

Cuando mamá me dio la noticia de que papá había pedido que pasara el verano con él, las dos tuvimos un ataque de risa ante la locura de esta idea. Mi madre solía recordarme a diario: «No tienes por qué acercarte a él». ¿Tres años sin saber nada de él y de repente quería que pasase todo un verano con él? Lo único que tendría que haber hecho, tal vez, era empezar a llamarme de vez en cuando, preguntarme cómo me iba, introducirse suave y gradualmente en mi vida, pero no, en lugar de eso, había decidido hacer de tripas corazón y pedir que yo pasara ocho semanas con él. Mamá estaba totalmente en contra. No creía que él se mereciera ocho semanas conmigo. Dijo que nunca sería suficiente para recuperar todo el tiempo que ya había perdido. Pero papá se puso más insistente, más desesperado por convencerme de que me encantaría el sur de California. No sé por qué decidió ponerse en contacto conmigo de esta manera tan repentina e inesperada. ¿Acaso esperaba arreglar nuestra relación, que rompió el día en que decidió marcharse? Dudaba que eso fuese posible, pero un día cedí y lo llamé para decirle que quería venir. Sin embargo, mi decisión no tenía nada que ver con él. Tenía más que ver con la idea de pasar cálidos días vera-

nuegos y conocer playas espectaculares, y con la posibilidad de enamorarme de un modelo de Abercrombie & Fitch de piel bronceada y abdominales de infarto. Además, yo tenía mis razones por las cuales quería estar a unos mil quinientos kilómetros de Portland.

Así que una vez dicho esto, no me siento particularmente emocionada de ver a la persona que se acerca.

Pueden cambiar muchas cosas en el transcurso de tres años. Hace tres años, medía unos siete centímetros menos. Hace tres años, mi padre no tenía el cabello visiblemente entrecano. Hace tres años, esto no habría sido incómodo.

Me esfuerzo muchísimo por sonreír, por esbozar una sonrisa para no tener que explicar por qué tengo una mueca fruncida permanente en los labios. Siempre es mucho más fácil simplemente sonreír.

—¡Mirad a mi pequeña! —dice papá, abriendo mucho los ojos y moviendo la cabeza con incredulidad al ver que ya no tengo la misma apariencia que cuando tenía trece años.

Qué impactante es darse cuenta de que, de hecho, las chicas de dieciséis años ya no tienen la misma pinta que cuando estaban en segundo de secundaria.

—*Sip* —respondo, mientras me saco el otro auricular de la oreja.

Dejo que los cables cuelguen de mis manos, el leve murmullo de la música vibra casi imperceptiblemente por ellos.

—Te he echado mucho de menos, Eden —me confiesa como si esperara que yo diera saltos de alegría al saber que mi padre, el que nos abandonó, me echa de menos y

que tal vez hasta me arroje a sus brazos y lo perdone allí mismo.

Pero no funciona así. No se debe esperar el perdón: hay que ganárselo.

Sin embargo, si voy a vivir con él durante ocho semanas, probablemente debería *intentar* aparcar la hostilidad.

—Yo también te he echado de menos.

Papá me sonrío, y al hacerlo se le marcan y profundizan los hoyuelos de las mejillas como si un topillo se enterrara en ellas.

—Deja que te coja el equipaje —ofrece, asiendo la maleta y poniéndola recta para que descansa sobre las ruedas.

Lo sigo hasta que salimos del Aeropuerto Internacional de Los Ángeles. Mantengo los ojos bien abiertos por si veo a alguna estrella de cine o a algún modelo que por casualidad me roce al pasar, pero no diviso a nadie que reconozca en el camino hacia la salida.

El calor me golpea en la cara mientras avanzamos y cruzamos el extenso aparcamiento, siento el hormigueo del sol en la piel y una suave brisa me mece los cabellos. El cielo está casi totalmente despejado salvo por algunas pequeñas nubes.

—Pensé que haría más calor —comento, mosqueada de que California no sea realmente un estado exento de viento y nubes y lluvia como los estereotipos me han hecho creer. Jamás se me pasó por la cabeza que la aburrida ciudad de Portland sería más calurosa en verano que Los Ángeles. Siento una desilusión tan trágica que preferiría irme a casa, a pesar de lo aburrido que es Oregón.

—Hace bastante calor —replica papá, encogiéndose de

hombros casi como si estuviera pidiendo perdón en nombre del tiempo.

Cuando le echo una mirada de soslayo, puedo notar cómo aumenta la tensión en sus mejillas exasperadas mientras se devana los sesos intentando buscar algo que decirme. No hay nada de que hablar aparte de la incómoda y silenciosa realidad de la situación.

Se detiene con mi maleta al lado de un Lexus negro y yo miro fijamente y con recelo su pintura reluciente. Antes del divorcio, mamá y él compartían un Volvo de mierda que se averiaba cada cuatro semanas. Y eso era cuando teníamos suerte. O su nuevo empleo le garantiza un sueldo muy atractivo o sencillamente antes había optado por no derrochar en nosotras. Tal vez no le merecía la pena gastar dinero en nosotras.

—Está abierto —me informa, señalando el coche con la cabeza mientras abre el maletero y tira mi equipaje en su interior.

Entretanto, me dirijo al lado derecho del coche y me descuelgo la mochila del hombro, abro la puerta y me meto dentro. Siento que el cuero arde contra mis muslos desnudos. Espero unos minutos en silencio hasta que papá se sube al coche y se sitúa detrás del volante.

—¿Y bien, has tenido buen vuelo? —pregunta, entablando una conversación mientras pone en marcha el motor y retrocede para salir de la plaza de aparcamiento.

—Sí, estuvo bien. —Estiro el cinturón por encima de mi cuerpo y lo meto en su seguro con un clic, mirando fijamente a través del parabrisas, con la mochila en el regazo.

La claridad es cegadora, así que abro el compartimento

delantero de la mochila, extraigo las gafas de sol y me las pongo. Se me escapa un suspiro.

Casi puedo oír a papá tragar saliva y respirar hondo antes de preguntar:

—¿Cómo está tu madre?

—Genial —contesto, con demasiado entusiasmo mientras me esfuerzo en darle énfasis a lo bien que le está yendo sin él.

Aunque esto no sea del todo cierto. Está bien. No está genial, pero tampoco está mal. Mamá se ha pasado los últimos años intentando convencerse de que el divorcio es algo de lo que se puede sacar una moraleja. Opta por pensar que le ha dado un mensaje positivo sobre la vida o que le ha aportado sabiduría, pero en realidad lo único que ha hecho es que deteste a los hombres.

—Nunca ha estado mejor.

Papá asiente con la cabeza, asiendo el volante con firmeza mientras el coche acelera, quemando las llantas al salir de la zona del aeropuerto y coger el bulevar. Hay numerosos carriles y todos están ocupados por coches que circulan a toda prisa; el tráfico es intenso, pero se mueve con rapidez. El paisaje aquí es muy extenso. Los edificios no son rascacielos recargados como los de Nueva York y tampoco hay hileras de árboles como en Portland. Lo único que descubro con satisfacción es que las palmeras realmente existen. Parte de mí siempre se preguntó si eran un mito.

Pasamos por debajo de una colección de señales, una por encima de cada carril, que indican las ciudades y los barrios de los alrededores. Las palabras no son más que borrones mientras las dejamos atrás a toda velocidad. Se está instalando el silencio de nuevo, así que papá enseña

da se aclara la garganta e intenta por segunda vez entablar una conversación conmigo.

—Te va a encantar Santa Mónica —dice, sonriendo fugazmente—. Es una gran ciudad.

—Sí, la he buscado en Internet —comento, apoyando el brazo en la ventanilla y mirando fijamente hacia el bulevar.

Hasta ahora, Los Ángeles no parece ser tan glamurosa como las imágenes que vi en Internet.

—Hay una especie de muelle, ¿no?

—Sí, Pacific Park.

Un fugaz destello del sol se posa sobre una alianza de oro en el dedo de papá, cuando este tiene las manos sobre el volante. Se me escapa un gemido. Él se da cuenta.

—Ella tiene muchas ganas de conocerte —afirma.

—Y yo a ella. —Esto es mentira.

Ella, como me informó papá hace poco, es su nueva esposa. Una sustituta de mamá: algo nuevo, algo mejor. Y no lo puedo comprender. ¿Qué es lo que tiene esta mujer llamada Ella que mi madre no tenga? ¿Una técnica mejor para lavar los platos? ¿Un pastel de carne más sabroso?

—Espero que os llevéis bien —confiesa papá tras un momento de asfixiante silencio. Se cambia de carril hasta llegar al último por la derecha—. De verdad me gustaría que esto funcionase.

Puede que papá quiera que esto vaya bien, pero a mí, por el contrario, esta idea del modelo familiar reconstituido no me convence del todo. La idea de tener una madrastra no me atrae. Quiero una familia nuclear, una familia típica como las que salen en las cajas de cereales y que incluya a mi madre, a mi padre y a mí. No me gustan los ajustes. No me gustan los cambios.



—¿Cuántos hijos dijiste que tenía? —pregunto, con un tono despectivo.

No solo me han bendecido con una encantadora madrastra, también me han honrado con hermanastros.

—Tres —me responde papá con rapidez. Se nota que se está irritando con mi evidente negatividad—. Tyler, Jamie y Chase.

—Bien —digo—. ¿Qué edad tienen?

Él me habla mientras se concentra en la señal de stop unos pocos metros más adelante y reduce la velocidad.

—Tyler acaba de cumplir diecisiete, Jamie tiene catorce y Chase, once. Intenta llevarte bien con ellos, cielo. —Me mira de reojo y me clava una súplica con sus ojos color avellana.

—Ah —exclamo. Hasta ahora, había dado por hecho que me iba a encontrar con un par de niños que estarían aprendiendo a hablar—. Vale.

Treinta minutos más tarde conduce por un camino sinuoso que parece llevarnos por la periferia de la ciudad. Altos árboles decoran la autopista a ambos lados, sus gruesos troncos y ramas torcidas dan sombra para combatir el calor. Las casas aquí son todas más grandes que en la que vivo con mi madre, y tienen un diseño único. Ninguna se parece a otra, ni en forma ni en color ni en tamaño. El Lexus de papá se detiene delante de una casa de piedra blanca.

—¿Vives aquí?

La avenida Deidre me parece demasiado normal, como si estuviera en mitad de Carolina del Norte. Se supone que Los Ángeles no debe ser normal. Se supone que ha de ser ostentoso, fuera de este mundo y totalmente surrealista, pero no lo es.

Papá asiente con la cabeza mientras apaga el motor y recoge el parasol.

—¿Ves esa ventana? —me pregunta señalando hacia la segunda planta, justo en el centro de la casa.

—¿Sí?

—Esa es tu habitación.

—Ah —respondo.

No esperaba tener una habitación para mí sola durante las ocho semanas que estaré aquí. Pero desde fuera parece una casa bastante grande, así que estoy segura de que hay muchas habitaciones libres. Me alegra saber que no tendré que dormir en un colchón hinchable en medio del salón.

—Gracias, papá.

Cuando intento levantarme del asiento, me doy cuenta de que llevar pantalones cortos tiene ventajas e inconvenientes. Ventaja: siento las piernas frescas. Inconveniente: ahora tengo los muslos pegados al cuero del Lexus de papá. Así que tardo un minuto largo en salir del coche.

Papá se dirige al maletero, toma mi equipaje y lo pone en la acera.

—Más vale que entremos —dice mientras coge el asa y arrastra la maleta sobre las ruedas.

Doy una zancada para sortear la zona del aparcamiento y sigo a papá por la senda de piedra. Esta conduce a la puerta principal, con paneles de caoba, tal y como deben de ser las puertas de los ricos. Todo el tiempo me voy mirando las Converse, tomándome unos segundos para repasar mi letra garabateada que decora los laterales de goma blanca. Igual que mi maleta, donde tengo canciones escritas con rotulador negro. El acto de mirar fijamente las

letras me ayuda a mantener los nervios bajo control: un poco, hasta que llegamos a la puerta principal.

La casa en sí —a pesar de ser un repulsivo símbolo de materialismo— es muy bonita. Comparada con la casa en la que me desperté esta mañana, podría ser considerada como un hotel de cinco estrellas. En el acceso para los coches, hay un Range Rover blanco estacionado. «Qué llamativo», pienso para mis adentros.

—¿Nerviosa? —pregunta papá, vacilando delante de la puerta.

Me sonrío de manera tranquilizadora.

—Más o menos —admito.

He intentado no pensar en la larga lista de cosas que pueden salir mal, pero en algún lugar dentro de mí sí que tengo una sensación de miedo. ¿Qué pasará si todos me odian a rabiar?

—No lo estés.

Abre la puerta y entramos arrastrando la maleta detrás de nosotros, las ruedas arañan el suelo de madera.

El recibidor inmediatamente nos envuelve en un penetrante aroma de lavanda. Delante de mí, hay una escalera que conduce hasta la segunda planta, y a mi derecha hay una puerta, que por lo que puedo vislumbrar lleva hasta el salón. Enfrente, se extiende un amplio pasillo con arcos que dirige a la cocina; una cocina de la que sale una mujer que viene hacia mí.

—¡Eden! —exclama esta mujer.

Me engulle en un abrazo, sus pechos extremadamente grandes estorban un poco, y entonces da un paso hacia atrás para examinarme de pies a cabeza. Le devuelvo el gesto. Su cabello es rubio; su figura, delgada. Por alguna

absurda razón esperaba que se pareciera a mamá. Pero según parece papá ha cambiado su gusto en mujeres al igual que su nivel de vida.

—¡Me alegro muchísimo de conocerte al fin!

Doy un leve paso hacia atrás, lucho contra el deseo de poner los ojos en blanco o hacer una mueca. Seguro que papá me sacaría a rastras y me llevaría directamente al aeropuerto si llegara a dar señales de tal falta de respeto.

—Hola —digo, en cambio.

Y entonces ella exclama espontáneamente:

—¡Dios, si tienes los ojos de Dave! —lo cual es posiblemente lo peor que nadie me puede decir, dado que preferiría mucho más tener los ojos de mamá.

Mi madre no fue quien se marchó.

—Los míos son más oscuros —farfullo con desdén.

Ella no profundiza más sobre el tema y cambia el tema de la conversación por completo.

—¡Tienes que conocer al resto de la familia! ¡Jamie, Chase, bajad! —grita hacia arriba antes de darse la vuelta para mirarme—. ¿Te ha comentado Dave la reunión que vamos a tener esta noche?

—¿Reunión? —repito como un eco.

Desde luego que una reunión social no es una de las cosas que había incluido en mi lista de «cosas que hacer en California». Sobre todo cuando se trata de desconocidos.

—¿Papá? —Miro de reojo hacia él, obligándome a no enviar una mirada asesina en su dirección, y enarco las cejas.

—Vamos a encender la barbacoa para los vecinos —me explica—. No hay mejor manera de empezar el verano que con una buena y tradicional barbacoa. —Y yo sinceramente desearía que se callara.

En serio, detesto ambas cosas, grandes grupos de personas y barbacoas.

—Genial —miento.

Se escucha una serie de golpes sordos cuando dos figuras descienden corriendo por las escaleras. Sus pasos resuenan en la madera de caoba mientras las bajan de dos en dos.

—¿Es esta Eden? —el mayor del par le susurra a Ella mientras se acerca, pero de todas formas lo oigo. Debe de ser Jamie.

El más joven, de ojos grandes, debe de ser Chase.

—Hola —saludo.

Mis labios dibujan una gran sonrisa. Por lo que recuerdo de mi conversación con papá en el coche, Jamie tiene catorce. A pesar de tener dos años menos que yo, somos casi de la misma estatura.

—¿Qué hay?

—Pasando el rato —contesta Jamie.

Es muy evidente que es hijo de Ella. Sus chispeantes ojos azules y su desordenado pelo rubio dejan clara la conexión.

—¿Quieres algo de beber?

—No, gracias —respondo.

A juzgar por su postura recta y por su intento de mostrar buenos modales, parece bastante maduro para su edad. Tal vez nos llevemos bien.

—Chase, ¿no le vas a decir hola a Eden? —Ella lo anima.

Chase da la impresión de ser muy reservado. Él también ha heredado los genes perfectos de Ella.

—Hola —farfulla, sin llegar a mirarme a los ojos—. Mamá, ¿puedo ir a casa de Matt?

—Por supuesto, cielo, pero vuelve a las siete —dice Ella.

Me pregunto si es el tipo de madre que te castiga por dejar caer migas en la alfombra del salón o el tipo a la que no le importa si desapareces dos días.

—Tenemos la barbacoa, ¿recuerdas?

Chase asiente con la cabeza y luego me roza al pasar por mi lado, abre la puerta de un tirón y la vuelve a cerrar con la misma rapidez sin siquiera susurrar un adiós a ninguno de nosotros.

—Mamá, ¿quieres que le muestre la casa? —pregunta Jamie al segundo de que su hermano se haya marchado.

—Sería estupendo —contesto por ella.

La presencia de Jamie es mucho mejor que la de papá o la de Ella o la de la combinación de los dos. De verdad que no veo la necesidad de pasar tiempo con gente de la cual me gustaría estar lo más lejos posible. Así que por ahora me pegaré a mis nuevos y maravillosos hermanastros. Seguro que para ellos todo esto es igual de raro que para mí.

—Eso es muy amable por tu parte, Jay —lo alaba Ella. Parece sentirse agradecida de no tener que ser ella la que me diga dónde está el cuarto de baño—. Deja que vea su habitación.

Papá asiente brevemente con la cabeza y sonrío.

—Estaremos en la cocina si necesitas cualquier cosa.

Intento frenar un bufido de insatisfacción cuando Jamie coge mi maleta y comienza a subirla por las escaleras. Ahora mismo, lo único que necesito son piernas bronceadas y aire fresco, algo que seguramente no conseguiré si me quedo encerrada dentro de casa con papá.

Cuando me vuelvo para seguir a Jamie escaleras arriba, oigo que papá resopla:

—¿Dónde está Tyler?

—No lo sé —le responde Ella.

Sus voces se van haciendo menos audibles a medida que nos alejamos, pero no lo suficiente como para no alcanzar a escuchar lo que papá le responde:

—¿Y lo dejaste ir así, sin más?

—Sí —contesta Ella, y al alejarnos ya no puedo oír sus voces.

—Estás justo enfrente de mi cuarto —me informa Jamie cuando llegamos al rellano—. Tienes la habitación que más mola. Con las mejores vistas.

—Lo siento.

Me río un poco y mantengo una sonrisa en la cara mientras él se dirige hacia una de las cinco puertas. Pero no puedo resistirme y hago una pausa para mirar hacia el recibidor, y me centro en la parte de atrás del pelo rubio de Ella mientras esta desaparece bajo los arcos que conducen hacia la cocina.

Me imagino que no es el tipo de persona que se molesta si desapareces.

## 2

Si pudiese emplear solo una palabra para describir mi nueva habitación para el verano, usaría «sencilla». No existe otra manera de describir una cama rodeada de paredes pálidas y una simple cómoda. Y nada más. También hace muchísimo calor.

—Me gustan las vistas —le digo a Jamie, a pesar de que ni siquiera estoy cerca de la ventana para saber cuáles son. Él se ríe.

—Tu papá dijo que puedes decorarla como quieras.

Doy un paseo por ella, por mi habitación, rodeando la alfombra beige, e inspecciono los armarios empotrados. Las puertas correderas están cubiertas de espejos. Mucho más guay que el pequeño armario que tengo en casa. Y también hay un baño privado. Echo una ojeada por la puerta y enarco las cejas con satisfacción. La ducha no parece haber sido estrenada.

—¿Te gusta? —pregunta papá a mis espaldas. Me doy la vuelta ante el sonido de su voz y él me saluda con una sonrisa. No sé cuándo ha entrado en la habitación—. Per-



dona que haga un poco de calor, pondré el aire acondicionado. Dale cinco minutos.

—Está bien —digo—. Me gusta la habitación.

Es casi dos veces más grande que mi habitación en Portland, así que, a pesar de lo sencilla que sea, definitivamente es imposible que no me guste.

—¿Tienes hambre? —Parece ser que lo único que sabe hacer bien papá es preguntar—. Has estado de viaje toda la tarde; probablemente estés medio famélica. ¿Qué te apetece?

—Estoy bien —respondo—. Creo que saldré a correr un poco. A estirar las piernas, ya sabes. No quiero echar a perder mi programa diario de ejercicio, y un poco de *footing* me parece una buena manera de explorar el barrio.

Observo la vacilación que se dibuja en el rostro envejecido de papá. Por un momento o dos frunce el ceño y luego deja escapar un suspiro como si yo le hubiera pedido que me comprara hierba.

—Papá —digo con firmeza. Inclino la cabeza y fuerzo una risa fingida—. Tengo dieciséis años; puedo salir. Solo quiero echar un vistazo.

—Por lo menos llévate a Jamie —sugiere. Este enarca las cejas con curiosidad. O con sorpresa. No sé cuál de las dos—. Jamie, a ti también te gusta correr, ¿no? ¿Puedes acompañar a Eden para asegurarte de que no se pierda?

Jamie me echa un vistazo rápido, me ofrece una sonrisa comprensiva y llena de empatía, y luego dice:

—Claro. Voy a cambiarme.

Supongo que entiende la guerra que da tener padres excesivamente sobreprotectores que te tratan como si tuvieras cinco años.

Así que, considerando todo esto, supongo que me espera un gran comienzo aquí en Santa Mónica. Solo es el primer día y la incómoda tensión entre mi padre y yo ya es casi insoportable. Primer día y ya me obligan a participar en una barbacoa con un montón de desconocidos. Primer día y ya me envían a un escolta cuando sencillamente salgo a hacer *footing*.

Primer día y ya me arrepiento de haber venido.

—No vayáis muy lejos —advierte papá, y luego sale de la habitación sin cerrar la puerta, a pesar de que le pido que lo haga.

Jamie se dirige hacia la puerta, se apoya con una mano en el marco y pregunta:

—¿Quieres ir ahora?

Me encojo de hombros.

—Si a ti te viene bien...

Asiente con la cabeza con rapidez y sale de mi cuarto. Se acuerda de cerrar la puerta.

Preferiría no perder demasiado tiempo dentro de casa, especialmente cuando parece que el aire acondicionado no funciona, así que tiro la maleta sobre el blando colchón y abro la cremallera. Me alegra descubrir que mis pertenencias —que van desde mi portátil a mi ropa interior favorita— han llegado bien y están intactas. Normalmente mi maleta llega con la mitad de su contenido despararrado porque los encargados del equipaje suelen ser desastrosos. Así que meto las manos hasta el fondo de mi sorprendentemente robusta maleta, porque mi ropa para hacer ejercicio fue una de las primeras cosas que metí dentro.

Mientras voy dando saltitos hacia mi espléndido cuarto

de baño para refrescarme un poco y cambiarme de ropa, mi móvil vibra para hacerme saber con delicadeza que está a punto de morir. Me acuerdo de que Amelia me pidió que la llamara en cuanto aterrizara. Pongo mis pantalones cortos para correr y mi sujetador deportivo en el lavamanos, me siento en la brillante y limpia taza del inodoro y cruzo las piernas. Tengo el número de mi mejor amiga en los favoritos, así que en cuestión de nanosegundos conectamos.

—Holaaa —contesta Amelia con una voz bobalicona que suena como un cruce entre un personaje de dibujos animados y un comentarista deportivo.

—Holaaa —respondo imitando su tono. Me río, pero luego suspiro—. Este sitio es un coñazo. Déjame ir a pasar el verano contigo.

—¡Me encantaría! Ya parece todo superraro.

—¿Tan raro como conocer a tu nueva madrastra?

—No tan raro —dice Amelia—. ¿Cómo es? No será tan asquerosa como la madrastra de *Cenicienta*, ¿no? Y ¿cómo son tus hermanastros? ¿Ya te han puesto a cumplir tus labores de canguro?

Sacudo la cabeza aunque no pueda verme. Si supiera que es al revés...

—En realidad ni siquiera son niños.

—¿No?

—Son... adolescentes.

—¿Adolescentes? —repite.

Antes de marcharme, me quejé durante dos semanas enteras de lo aterrada que estaba de conocer a mis nuevos hermanastros, porque tengo poca tolerancia con niños menores de seis años. Resulta que son todos mucho mayores.

—Sí —asiento—. No están mal. Uno de ellos es algo tímido, pero lo entiendo, es el menor. El otro es algo mayor y creo que me llevaré bien con él. No lo sé. Se llama Jamie.

—Pensé que tenías tres hermanos —admite Amelia—. Dijiste que tenías tres.

—Bueno, todavía no he conocido al tercero —le explico. Hasta ahora se me había olvidado que en realidad tengo tres nuevos hermanastros para que me juzguen, en lugar de dos—. Seguramente lo conoceré más tarde. Estoy a punto de salir a correr con Jamie.

—Eden —me dice Amelia, con un tono de voz severo pero al mismo tiempo amable—. Acabas de llegar. Relájate. Te ves bien.

—No —respondo, mientras presiono el teléfono en mi oreja con el hombro y me agacho para quitarme las deportivas—. ¿Han dicho algo más sobre mí? —pregunto lentamente, a pesar de lo mucho que no quiero saberlo.

Pero siempre surge ese interés, esa curiosidad que te carcome; y la incapacidad de poder con ello. Y siempre me doy por vencida.

El silencio se propaga por la línea.

—Eden, no pienses en ello.

—Entonces eso significa que sí —afirmo, sobre todo para mí misma. Es casi un susurro, lo digo tan bajito que no creo que Amelia me haya oído. Mi móvil vuelve a vibrar—. Ey, mira, esto se va a cortar. Tengo que ir a una aburrida barbacoa esta noche. Si todo es un aburrimiento, te enviaré mensajes de texto todo el tiempo para que sepan que tengo amistades de verdad.

Amelia se ríe, y me la imagino poniendo los ojos tan en

blanco que le quedan por detrás de la cabeza, como suele hacer.

—Seguro. Mantenme informada.

Mi móvil se apaga antes de que alcance a murmurar un adiós, así que lo tiro sobre el mueble del lavamanos y cojo mi ropa. Correr es estupendo para aclarar la cabeza, y aclarar mi mente es justo lo que quiero hacer ahora. Me pongo la ropa para correr sin ningún esfuerzo, lo hago tan a menudo que probablemente podría hacerlo dormida, y me dirijo hacia abajo para entrar en la cocina por primera vez. Me saludan encimeras negras con acabados brillantes y puertas de armarios blancas y brillantes y un suelo también negro y brillante. Todo es muy muy brillante.

—¡Guau! —exclamo.

Miro la botella de agua que llevo en la mano y luego al immaculado fregadero al lado de la ventana. Casi me siento aterrada de usarlo.

—¿Te gusta? —pregunta papá, y es solo en ese momento cuando me doy cuenta de que está en la cocina. A cada rato aparece de la nada como si anduviera siguiendo cada movimiento que hago.

—¿Acaso la instalaron ayer, o qué?

Se ríe, sacude la cabeza hacia mí y luego se dirige al fregadero para abrir el grifo.

—Ten. Jamie te está esperando en la puerta delantera. El chaval está haciendo estiramientos.

Arrastro los pies por la cocina para llenar la botella torpemente hasta que el agua se derrama por el borde, luego enrosco la tapa y salgo pitando antes de que papá tenga la oportunidad de decir nada más. No sé cómo se supone que debo sobrevivir ocho semanas con él.

